



Creando hispanoamérica. Literatura y niños en el siglo XIX

Mariana León Chávez

Encasillada muchas veces en una finalidad meramente didáctica, la literatura infantil es considerada por muchos una rama menor e, incluso, desconocida como «literatura» propiamente dicha. Sin negar su importancia pedagógica no se debe olvidar que esta es también una expresión artística y que tiene por principales críticos a los niños.

El siglo XIX es un periodo de nuevos inicios y cambios radicales que fueron de vital importancia para el desarrollo de una literatura específicamente creada para este público tanto en Europa como en América. Cada lado del globo persiguió objetivos distintos y estuvieron enmarcados por una visión diferente de los acontecimientos de aquellos años. Es sobre todo la declaración de una América independiente lo que provoca que el mundo deba acomodarse al surgimiento de las nuevas naciones y estas inicien la carrera por consolidar su identidad. Las obras literarias son interesantes testimonios del pensamiento de estos años y más aún las dirigidas a las generaciones encargadas de seguir adelante con la construcción de una nueva nación. Este trabajo pretende mostrar dos desarrollos de la creación infantil durante este periodo formativo a través de las producciones literarias realizadas tanto en Cuba como en Argentina. El caso de Cuba resulta relevante por ser José Martí, quien sostuvo la importancia del desarrollo de una literatura para niños, una gran influencia en los autores que

en la actualidad se dedican a esta rama. Y Argentina, por su importancia en el desarrollo literario e intelectual de Hispanoamérica. Esto permitirá, a su vez, una reflexión sobre la posibilidad de adaptación de algunas obras de esos años que, si bien no fueron específicamente realizadas para el lector niño, como el caso del *Martín Fierro*, encuentran en este a un público interesado y entusiasta.

Para hablar de literatura infantil se hace necesario remontarnos en el tiempo y específicamente a la situación del niño en la sociedad. Antes del siglo XVIII, la literatura infantil propiamente dicha no existía. En esos años el niño no era tomado en cuenta debido a las altas tasas de mortalidad, y la comunidad se preocupaba solo por aquellos que sobrepasaban los diez años de edad. Pocos niños accedían a la educación y los que lo lograban no leían obras especiales o diferenciadas. Debido a esto, el mundo editorial no puso mayor interés en producir un tipo de literatura específica para el niño, ya que esta no era rentable. Serán, por tanto, madres, abuelas y nanas las encargadas de transmitir de manera oral narraciones, leyendas y mitos, que serán el primer acercamiento de los pequeños a lo literario. Recién iniciado el siglo XVII es que podemos encontrar las grandes obras de Perrault, Swift, Samaniego e Iriarte. Ellos hacen uso de la fantasía, pero sus obras no fueron creadas específicamente para un lector niño.

Tras la revolución francesa y la imposición del régimen burgués, la vida en la Europa de inicios de siglo XIX cambia. La creación de un espacio privado, familiar genera nuevas reglas de convivencia producto de la separación del espacio laboral. Esto promueve la creación de un espacio propio de los niños, ahora más protegidos y con nuevas dinámicas de interacción con sus padres. Por otro lado, el mundo, influido por la corriente romántica, mira al ser humano como individuo. Eso provoca una mayor preocupación por su formación que se inicia en la infancia y que permite la consolidación de una producción literaria dedicada específicamente a los niños. Tomando como materia prima los relatos y tradiciones orales surgen en esta época las obras de los hermanos Grimm, de Hans Christian Andersen y las publicaciones de la editorial Calleja.

América no quedará fuera de este proceso; por el contrario, su contexto político y social se prestará para la asimilación de esta nueva tendencia artística. Tras un largo proceso y conseguida su ansiada libertad, las nuevas naciones se enfrentan a una etapa en la cual su objetivo principal era la consolidación de su identidad. Liderados por los criollos, sector social al que antes se le había negado el

acceso al poder, tratan de definir su nueva realidad para lo cual se apoyarán en la construcción de una literatura nacional a través de la que se construirá el imaginario de la nación. Esta necesidad de sembrar los valores e imágenes de las nuevas realidades será la que impulse el desarrollo de una literatura para los niños. América era en ese momento como ellos, un continente recién nacido a la independencia, cargado de interrogantes, que se enfrentaba a la realidad anterior a su nacimiento tratando de hacerse un lugar en él. Al mismo tiempo algunos pensadores de la época tomaron conciencia de la importancia de formar a los nuevos ciudadanos americanos llamados a conducir a los pueblos, por ellos liberados, hacia el desarrollo.

Las primeras publicaciones de libros para niños en América fueron de función estrictamente cognoscitiva, ya que el libro era visto solamente como un auxiliar pedagógico, siendo esta la única justificación para su existencia. Para muchos lo más importante era que se pasara rápidamente la fase de la niñez, por lo que solo interesaba inculcar valores morales. Las obras que seguían esta tendencia eran de tono realista, donde la anécdota era solo un pretexto para presentar un ejemplo de la decisión entre lo bueno y lo malo. El único elemento fantástico posible o usado era la antropomorfización de los animales. La literatura infantil se convirtió en un medio; por lo que cualquier función estética fue dejada de lado. Sin embargo, otros pensadores optaron por una mayor valoración del intelecto del niño y del desarrollo del mismo creándose verdaderas maravillas que fundaron las bases de las obras actuales.

Las naciones recién formadas encontraron en los niños una metáfora de sí mismas, los escritores y pensadores inculcaron en ellos los valores que querían para su país. Es por esto importante estudiar las producciones que se hicieron en estos años porque en ellas encontramos respuestas a las razones por las que uno y no otro proyecto de nación perduró a lo largo de los años.

ARGENTINA

Tras la independencia de las antiguas colonias, los pensadores americanos empezaron a buscar modelos a seguir para la constitución de las nuevas naciones. Algunos voltearon su mirada al mundo europeo, haciendo por supuesto una marcada diferencia entre el resto de Europa y España. El deseo civilizador puso a los hombres letrados en un lugar privilegiado en la sociedad sirviendo como intermediarios, entre la barbarie americana y la civilización a la que ellos tenían acceso.

Debido a esta preocupación civilizadora, Domingo Faustino Sarmiento se convirtió, para Argentina, en uno de los precursores de la literatura infantil. Escribe *Vida de Dominguito*, donde se narra, en forma autobiográfica, la historia de su hijo adoptivo que muere a los 20 años durante la guerra de Paraguay. Con un tono de aventura juvenil, Sarmiento presenta a Dominguito como una suerte de pequeño héroe que se enfrenta a situaciones en que debe decidir, con actitud maniquea, entre lo bueno y lo malo, escogiendo siempre lo primero: la elección de Dominguito era, por lo tanto, un modelo moral. En opinión de Sarmiento se hace necesario relatar la vida de personajes valientes y comprometidos con la nación, de manera que sus valores se cultiven en el espíritu de los niños, futuros responsables de la nación.

Sin embargo, Jesualdo Sosa, pionero en el estudio de la literatura infantil en Hispanoamérica, en su libro *La literatura infantil* señala que estas obras moralizantes y membretadas no consiguen satisfacer el «apetito intelectual» del niño. Muchas veces, los libros etiquetados «para niños» son los menos aceptados por ellos debido a la poca verosimilitud de sus personajes y de las situaciones que presentan. El problema está según el autor:

En la puerilidad en la que caen al aparentar sencillez para ponerse al nivel de la mentalidad infantil, y el tono moralizador con el que pretenden caracterizar su obra, en la que siempre se creen obligados a representar la virtud recompensada y el vicio castigado. Los niños comprenden confusamente lo que hay de artificial en semejante pintura y se fastidian.¹

Lo que hace a una obra conveniente para el público infantil es una serie de valores, elementos y caracteres determinados dentro de la expresión literaria escrita o no para niños, que responde a las exigencias de su pensamiento y desarrollo intelectual. Se hace necesaria una riqueza imaginativa de parte de los autores que deben tener en cuenta que el niño ve el mundo desde una perspectiva distinta que la del adulto donde las cosas pueden adquirir significados más amplios como el poder otorgarle vida a un ser inanimado. La pregunta es cómo conseguir que el texto sea, en palabras de Martí, «como las alas del mundo».

¹ SOSA, Jesualdo. *La literatura infantil: ensayo sobre ética, estética y psicopedagogía de la literatura infantil*. Buenos Aires: Losada, 1963, p. 16.

A la par de las producciones nacionales, los niños leían los libros que llegaban de Europa pero, más que nada, escuchaban, de sus madres y nodrizas, relatos y canciones. Todo este conjunto se fundió constituyendo la nueva tradición en cada país. Sarmiento en sus obras consideró principalmente el mundo de la ciudad que era donde estaba la civilización y su plan incluía eliminar a las realidades bárbaras del sur; sin embargo, sabemos que su proyecto fracasó. En la actualidad, la imagen nacional argentina es la del gaucho y sin duda uno de los factores de mayor peso para su constitución como tal fue la obra de José Hernández, *Martín Fierro*. Aún cuando no fue escrita para un público infantil específicamente, las antologías la consideran como parte de sus inicios en Argentina. El factor que la hace apta y fácilmente adaptable al público infantil es el juego que en esta se da entre lo oral y lo escrito. El relato oral cumple una función importante en el desarrollo del niño, ya que desarrolla su capacidad imaginativa. Por ejemplo, el hijo de hacendado que crece en la pampa oyendo por las noches la música de los payadores, al verla convertida en obra literaria que sigue los patrones de metro y ritmo de la payada, se siente envuelto por la musicalidad de esta producción, fácilmente memoriza las letras y las repite como si fuera el canto de una madre o una nana a la hora de dormir. El personaje lo deslumbra por sus habilidades y progresivamente se convierte en su héroe; el niño canta sus aventuras, lo considera imagen del individuo autóctono, y lo asimila como tal.

Al igual que las primeras obras europeas catalogadas para niños, el *Martín Fierro* es producto de una adaptación de una parte de la tradición. Esto la hace reconocible y más fácilmente asimilable como propia.

CUBA

En los años finales del siglo, producto de la modernidad, la ciencia y la revolución industrial, el artista se convierte en un marginal. Su discurso es dejado de lado y pierde la función central que tenía en la sociedad así como su influencia en el marco político. Esto genera que el espacio de la literatura se autonomice y se construya como puro. Para muchos el discurso literario debe mantenerse al margen de los temas ajenos al ámbito estrictamente artístico. José Julián Martí (1853-1895), uno de los mayores exponentes de la literatura de su país y precursor de su independencia, proponía algo distinto. En él confluía tanto el activismo revolucionario como una

profunda inquietud por la creación estética. Su obra, que marca el inicio de la corriente modernista, busca crear en los lectores la conciencia de la identidad nacional mezclando para este propósito arte y discurso político, y por tanto estaba en contra de las ideas que primaban en esos años. En su estilo sencillo, Martí renuncia al uso de un lenguaje rimbombante y frío, dejando de lado la retórica neoclásica y el exceso de referencias.

La principal preocupación de Martí estaba en la creación de Hispanoamérica, ya que sin esta no habría mayor posibilidad de que la literatura continental se desarrolle. Martí lamentaba que se estuviera relegando la creación de la nueva nacionalidad por una asimilación ciega de la cultura de occidente, de sus usos y maneras, que sin duda eran eficaces en otras realidades, pero que no eran aplicables a la realidad americana. Por esto, el escritor cubano concibe su poesía como un instrumento para servir, para reafirmar un compromiso con la realidad, bajo la concepción de un discurso casi sagrado y superior. Para Martí la literatura tiene que ser didáctica: sirve para mejorar al hombre, lo hace más ético, más digno, mejor ciudadano y persona; en ese sentido, la infancia se considera el momento en que se desarrolla el espíritu del adulto futuro; surge, entonces, la necesidad de formarla en ideales nobles y humanistas, de amor y orgullo patrio.

Consciente de todo esto, Martí publica en 1882 *Ismaelillo*, dedicado a su hijo José. En este el niño representa, para el autor, el mundo sin corrupción: «Hijo: / Espantado de todo, me refugio en ti.» Ese es el verso que inicia la obra en la que se manifiesta la visión que se tiene del niño como realidad diferente, un lugar donde se vuelve a tener esperanza en el hombre y en el futuro. Continúa: «Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras / páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así». Estas palabras hacen manifiesto de su propuesta de renovación, de cambio para el futuro, darles un mundo nuevo en que vivir y continuar construyendo.

Será el niño quien esté llamado a guiar al adulto por el camino correcto hacia el futuro, así como lo afirma en «El Príncipe Enano»:

Mi mano, que así embrida
potros y hienas,
va, mansa y obediente,
donde él me lleva.²

² MARTÍ, José. «El príncipe enano». En *Ismaelillo. Obra Literaria*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978, vv. 13-16.

Este niño, rey, príncipe, hijo, será el medio de esperanza que otorgará una nueva oportunidad al padre, cambiando su vida, su mundo. Naturalmente, todo esto es traducible a los niños en general, más allá de la experiencia personal de Martí. El poemario es un llamado a la reconsideración de estos «príncipes enanos» en los que se podrán subsanar los errores del pasado; para esto se hará necesario mostrárselos y crear conciencia para que no recorran nuevamente el mismo camino equivocado.

Si bien podría tratarse de un llamado a los adultos, Martí interpeló directamente a los artífices de su esperanza. En julio de 1894, publica el primer número de la revista *La edad de oro*. Esta publicación estaba dedicada a todos los niños de América, «para que los niños americanos sepan como se vivía antes y se vive hoy en América y en las demás tierras».³ De esta manera se adelanta a las posteriores corrientes de la literatura infantil, mezclando arte y transmisión de conocimiento, demostrando una vez más su genio innovador. Por primera vez, se publican historias, mitos y leyendas de nuestro continente, así como obras de carácter netamente literario dedicadas a los niños, que, en estas páginas son respetados como críticos exigentes; quizás, por esto, el estilo, la hermosura de los versos y la prosa igualan cualquier obra escrita para «adultos». Uno de los puntos más importantes, en cuanto al estilo, es que Martí ya no describe personajes carentes de una personalidad verosímil, o niños de personalidad casi celestial: los niños de las historias y poemas en esta publicación son, por decirlo de algún modo, niños de verdad, auténticos, representados con los defectos y virtudes propios de su edad e inexperiencia. Así se confirma que la población infantil se convierte en una metáfora de las nacientes naciones americanas que se enfrentan a su realidad, adquieren conocimiento de ella y construyen su identidad.

Es importante, finalmente, señalar que la preocupación y el interés de Martí no se dirigen sólo por el niño-varón; más bien, él amplía su criterio e incluye a las niñas, dándoles un lugar preferente. Estos años estuvieron marcados por una preocupación por educar a la mujer como madre de los futuros ciudadanos. Martí testimonia esta manera de pensar en la dedicatoria del primer número de su revista:

Para los niños este periódico y para las niñas, por supuesto. Sin las niñas no se puede vivir, como no puede vivir la tierra sin la luz. El niño nace para caballero, y la

³ MARTÍ, José. *La edad de Oro*. Vol. 1. Nueva York: 1984.

niña nace para madre. Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos, con los caballeros de mañana, y con las madres de mañana; para contarles a las niñas cuentos lindos con que entretener a sus visitas y jugar con sus muñecas; y para decirles a los niños lo que deben saber para ser de veras hombres.⁴

Representada, en el siglo XIX, como imagen de pureza y castidad, la mujer luz de virtud necesitaba «tutoría» para convertirla en el ser capaz de formar, en sus primeros años, a los hombres que continuarían la construcción de la nación.

Estos ejemplos posibilitan definir y difundir la importancia de la producción de literatura infantil destinada a niños y jóvenes como medio para construir identidades nacionales americanas y, al mismo tiempo, reforzar la idea de que la literatura infantil debe ser valorada como una expresión artística destinada a estar junto a los demás géneros literarios y estéticos. El siglo XIX, con su peculiar contexto, abrió las puertas a una dedicación mayor en el estudio y el desarrollo de un arte para el infante. Las producciones de esta época forjaron las imágenes que los niños concibieron como su realidad, las mismas que las generaciones posteriores hemos ido heredando de ellos. Debemos tener en cuenta que las que construyamos en el presente marcarán los años venideros. ■

⁴ *Ibidem.*

BIBLIOGRAFÍA

MARTÍ, José. «Ismaelillo» *Obra Literaria*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.

———*La edad de Oro*. Vol. 1. Nueva York: 1984.

SOSA, Jesualdo. *La literatura infantil: ensayo sobre ética, estética y psicopedagogía de la literatura infantil*.

Buenos Aires: Losada, 1963.

